



¿Por qué tanto odio?

Por CONCHA SERRANO

DOS NIÑOS DE 11 AÑOS acaban de ser sentenciados a prisión indefinida. Los niños habían cometido un crimen atroz a los diez años, habían secuestrado y dado muerte, tras torturarlo, a un pequeño de 2 años. ¿Qué los llevó a realizar un acto tan brutal?

Es una de las incógnitas que el juicio no ha despejado. De cualquier forma este asesinato ha conmovido a las sociedades del llamado mundo civilizado. En los países del Tercer Mundo la muerte de infantes ya no es siquiera noticia. Mueren asesinados en las calles de Brasil, en Colombia; se los mata para traficar con sus órganos, o mueren simplemente, sin más explicación que el hambre.

Pero el caso de Robert Thompson y Jon Venables es especial por cuanto ocurre en un país donde hay medios para educar. ¿Qué hace que dos niños de diez años acumulen ese odio? Y si el asesinato ha conmovido a la sociedad, ¿no debiera hacernos reflexionar esa severa sentencia que condena a los dos niños a prisión indefinida? Parece que se impusiera una venganza en lugar de una pena, olvidando que ésta tiene también como fin la reinserción social del delincuente.

Con todo, el debate se centra ahora en la responsabilidad del conjunto de la sociedad en la comisión de este tipo de crímenes. Si bien es cierto que los niños declararon que se aburrían y decidieron cometer una macabra «gamberrada», no lo es menos que más de veinte testigos vieron el calvario del pequeño James Bulger sin mover un dedo para socorrerlo.

¿Hasta qué punto el asesinato estuvo motivado por el instinto asesino, caso de existir, de los dos niños o éstos fueron llevados a ese extremo impulsados por una sociedad hostil hacia ellos y sus familias? ¿No serán verdugos y víctimas simultáneamente? En este tipo de sucesos con menores es frecuente que procedan de familias desechas, en ambientes marginales, con problemas de autoestima, a los que no se les ha ofrecido ayuda.

Robert Thompson era conocido como pendeñero, pequeño ladrón, viviendo con una madre frecuentadora de bares y cuatro hermanos que voluntariamente habían decidido vivir bajo la custodia del Estado. El niño prometía un futuro de delincuencia. Jon era un niño hiperactivo, con padres recientemente separados. Los dos vivían en

barrios marginales, donde paro y pobreza se dan la mano descarnadamente. Niños conflictivos que formaron un dúo mortal. Aficionados y consumidores de programas de televisión y videos con altos contenidos de violencia. No quiero decir que la visión de estos videos los indujeran a cometer el crimen atroz de James Bulger, pero debería ser al menos una llamada de responsabilidad para los directivos de TV que permiten la emisión indiscriminada de violencia en lo que se supone son programas dirigidos al público infantil.

El juicio y condena de prisión indefinida para dos niños de tan corta edad debería suponer para cualquier sociedad un fracaso.

Habrà que ver qué hombres surgen de estos niños, de los que la sociedad nunca se ha ocupado pero sobre los que ha descargado toda su ira. Habrà que preguntarse por los niños que pululan por las grandes ciudades, vagabundeando, aprendiendo la ley de la calle, empujados, a veces, por la necesidad, y cuál será su futuro de adultos.

Carta del Jefe Indio Sealth al gran Padre Blanco

Por RAFAEL MARTÍNEZ BERNARDO

A NADIE SORPRENDERÍA a finales del siglo XX afirmar que el hombre es el único animal capaz de matar a sus semejantes hasta el exterminio y de esclavizar a sus semejantes por el único motivo del enriquecimiento personal. Por mucho que los gobiernos quieran ocultar, de todos es conocido el genocidio sistemático que llevan a cabo tanto los citados gobiernos como empresas e intereses privados.

Aunque la ONU haya declarado «1993» Año Internacional de los Pueblos Indígenas, aunque el Papa se haya interesado por ellos y cantantes como Sting hagan campañas y conciertos en su favor, la verdad es que se sigue exterminado sin piedad tribus enteras de indígenas. He aquí algunos datos a la sazón: a principios del siglo XVI vivían en América del Norte 10 millones, hoy apenas sobrepasan el millón y medio; alrededor de 600.000 aborígenes australianos desaparecieron después de las primeras acometidas de la «civilizada» Europa (Inglaterra en este caso), que conquistó y redimió a aquellos «pobres paganos» en el siglo XVII.

A pesar de la pretendida unión entre la cruz y la espada, los conquistadores españoles no perdieron ritmo en el exterminio; sirvan estas cifras como ejemplo: en Méjico Central en el año 1519 había 11 millones de indios, en 1793 sólo quedaban 3.700.000 (unos 200.000 murieron en

la toma de la ciudad de Méjico). En América Central y del Sur, antes de 1492 se estima que había una población indígena de 75 millones, quedando reducidos a la mitad en las primeras décadas de la conquista. (Fuente: Richard Konetzke: *América Latina. La época colonial*).

Dice Fray Bartolomé de las Casas en su libro *Brevísima relación de la conquista de las Indias*: «En estas ovejas mansas entraron los españoles como lobos e tigres cruelísimos de muchos días hambrientos. Y otra cosa no han hecho de cuarenta años a esta parte, sino despedazallas, matallas, angustiallas, afligillas y destruyillas por las entrañas».

A este ritmo el habitante del asfalto terminará con el habitante de la naturaleza, con la que vive en armonía; no es de extrañar, pues, que no desee mantener relaciones con la «civilización». (A propósito, me viene a la mente aquella famosa canción: *Yo quisiera ser civilizado como los animales*). En la actualidad tan sólo quedan 250 millones de aborígenes en todo el mundo ¿Hasta cuándo?

«Invadidos, pero no conquistados». Este era el lema de los últimos habitantes del paraíso, que sobreviven en un infierno debido a sus condiciones de vida y, en muchos casos, de muerte. Las causas de su progresiva desaparición son: la explotación minera, la deforestación, la contaminación atmosférica y la provocada por los explotadores para acabar con ellos, la construcción de embalses gigantes, los gobiernos intransigentes, la apisonadora consumista occidental que todo lo iguala. Indirectamente también contribuyeron los asentamientos de las primeras misiones católicas (y las protestantes posteriores): «tratando de liberarles de sus depravadas costumbres»,

conquistaron homogeneizar culturas, religiones, modos de vida, etc., aniquilando los autóctonos.

Para terminar, quisiera reproducir en parte una carta atribuida al viejo indio norteamericano Sealth, jefe de las tribus *Squamish* y *Dwamish*, que va dirigida al Gran Padre Blanco en 1854. En realidad, este famoso evangelio ecologista fue escrito en los años 1970 por un occidental; ésta es la breve historia de la citada carta:

En 1854, en el actual estado de Washington, el jefe indio Salth (de quien tomó el nombre la capital de dicho estado, Seattle) pronunció un discurso con motivo de las negociaciones del Tratado de Point Elliot, destinado a crear una reserva para su Pueblo.

Treinta y dos años después, en 1886, el periódico *Seattle Sunday Star* publicó una crónica de Harry A. Smith recogiendo el discurso de Seath. El contenido del discurso difiere notablemente del de la carta moderna.

En 1969, W. Arrowsmith publicó una versión del discurso, en el cual se inspiró el guionista Ted Perry para su película *Home*, realizada a principios de los años setenta. A partir de la película, en cada versión apócrifa, divulgadores, traductores y transcritores añadían su dosis de inspiración poética y de denuncia, por lo que proliferaron versiones del discurso.

La supuesta carta se convirtió en casi un manifiesto generacional. Fue esgrimida como una declaración prematura de romántico ecologismo y editada reiteradamente por multitud de grupos ecologistas. Una de las versiones es la que a continuación transcribimos.

Carta del jefe indio Sealth, 1854

¿Cómo se puede comprar o vender el firmamento, ni aún el calor de la tierra? Dicha idea nos es desconocida.

Si no somos dueños de la frescura del aire ni del fulgor de las aguas, ¿cómo podrán ustedes comprarlos?

Cada parcela de esta tierra es sagrada para mi pueblo. Cada brillante mata de pino, cada grano de arena en las playas, cada gota de rocío en los oscuros bosques, cada altozano y hasta el sonido de cada insecto es sagrado a la memoria y al pasado de mi pueblo. La savia que circula por las venas de los árboles lleva consigo las memorias de los pieles rojas.

Los muertos del hombre blanco olvidan su país de origen cuando emprenden sus paseos entre las estrellas; en cambio nuestros muertos nunca pueden olvidar esta bondadosa tierra puesto que es la madre de los pieles rojas. Somos parte de la tierra y asimismo ella es parte de nosotros. Las flores perfumadas son nuestras hermanas; el venado, el caballo, la gran águila; éstos son nuestros hermanos. Las escarpadas peñas, los húmedos prados, el calor del cuerpo del caballo y el hombre, todos pertenecemos a la misma familia.

Por todo ello, cuando el Gran Jefe de Washington nos envía el mensaje de querer comprar nuestras tierras nos está pidiendo demasiado. También el Gran jefe nos dice que nos reservará un lugar en el que podamos vivir confortablemente entre nosotros. Él se convertirá en nuestro padre y nosotros en sus hijos. Por ello, consideraremos su oferta de comprar nuestras tierras. Ello no es fácil, ya que esta tierra es sagrada para nosotros.

El agua cristalina que corre por ríos y arroyuelos no es solamente agua, sino también representa la sangre de nuestros antepasados. Si les vendemos tierras, deben recordar que es sagrada y a la vez deben enseñar

a sus hijos que es sagrada y que cada reflejo fantasmagórico en las claras aguas de los lagos cuenta los sucesos y memorias de las vidas de nuestras gentes. El murmullo del agua es la voz del padre de mi padre.

Los ríos son nuestros hermanos y sacian nuestra sed; son portadores de nuestras canoas y alimentan a nuestros hijos. Si les vendemos nuestras tierras ustedes deben recordar y enseñarles a sus hijos que los ríos son nuestros hermanos y también lo son suyos y por lo tanto deben tratarlos con la misma dulzura con que se trata a un hermano.

Sabemos que el hombre blanco no comprende nuestro modo de vida. Él no sabe distinguir entre un pedazo de tierra y otro, ya que es un extraño que llega de la noche y toma de la tierra lo que necesita. La tierra no es su hermana sino su enemiga, y una vez conquistada sigue su camino, dejando atrás la tumba de sus padres sin importarle: le secuestra la tierra de sus hijos. Tampoco le importa. Tanto la tumba de sus padres, como el patrimonio de sus hijos son olvidados. Trata a su madre, la Tierra, y a su hermano, el Firmamento, como objetos que se compran, se explotan y se venden como ovejas o cuentas de colores. Su apetito devorará la tierra dejando atrás sólo un desierto. No sé, pero nuestro modo de vida es diferente al de ustedes. La sola vista de sus ciudades apena los ojos del piel roja. Pero quizá sea porque el piel roja es un salvaje y no comprende nada.

No existe un lugar tranquilo en las ciudades del hombre blanco, ni hay sitio donde escuchar cómo se abren las hojas de los árboles en primavera o cómo aletean los insectos. Pero quizá también esto debe ser porque soy un salvaje que no comprende nada. El ruido sólo parece insultar nuestros oídos. Y después de todo, ¿para qué sirve la vida si el hombre no puede escuchar el grito solitario del chotacabras ni las discusiones nocturnas de las ranas al borde de un estanque? Soy un piel roja y nada entiendo. Nosotros preferimos el suave susurro del viento sobre la superficie de un estanque, así como el olor de ese mismo viento purificado por la lluvia del mediodía o perfumado con aromas de pinos.

El aire tiene un valor inestimable para el piel roja, ya que todos los seres comparten un mismo aliento —la bestia, el árbol, el hombre, todos respiramos el mismo aire—. El hombre blanco no parece consciente del aire que respira; como un moribundo que agoniza durante muchos días es insensible al hedor. Pero si les vendemos nuestras tierras deben recordar que el aire nos es inestimable, que el aire comparte su espíritu con la vida que sostiene. El viento que dio a nuestros abuelos el primer sople de vida, también recibe sus últimos suspiros. Y si les vendemos nuestras tierras, ustedes deben conservarlas como cosa aparte y sagrada, como un lugar donde hasta el hombre blanco pueda saborear el viento perfumado por las flores de las praderas. Por ello, consideramos su oferta de comprar nuestras tierras. Si decidimos aceptarla, yo pondré una condición: el hombre blanco debe tratar a los animales de esta tierra como a sus hermanos.

Soy un salvaje y no comprendo otro modo de vida. He visto a miles de búfalos pudriéndose en las praderas, muertos a tiros por el hombre blanco desde un tren en marcha. Soy un salvaje y no comprendo cómo una máquina humeante puede importar más que el búfalo al que nosotros matamos sólo para sobrevivir.

¿Qué sería del hombre sin los animales? Si todos fueran exterminados, el hombre también moriría de una gran soledad espiritual. Porque lo que le sucede a los animales también le sucederá al hombre. Todo va enlazado.

Deben enseñarles a sus hijos que el suelo que pisan son las cenizas de nuestros abuelos. Inculquen a sus hijos que la Tierra está enriquecida con las vidas de nuestros semejantes a fin de que sepan respetarla. Enseñen a sus hijos que nosotros hemos enseñado a los nuestros que la Tierra es nuestra madre. Todo lo que le ocurra a la Tierra le ocurrirá a los hijos de la Tierra. Si los hombres escupen en el suelo, se escupen a sí mismos.

Esto sabemos: la Tierra no pertenece al hombre; el hombre pertenece a la Tierra. Esto sabemos. Todo va enlazado como la sangre que une a una familia. Todo va enlazado.

Todo lo que le ocurra a la Tierra le ocurrirá a los hijos de la Tierra. El hombre no tejó la trama de la vida; él es sólo un hilo. Lo que hace con la trama se lo hace a sí mismo.

Ni siquiera el hombre blanco, cuyo Dios pasea y habla con él de amigo a amigo, queda exento del destino común. Después de todo, quizá seamos hermanos. Ya veremos. Sabemos una cosa que quizá el hombre

Todo lo que le ocurra a la Tierra
le ocurrirá a los hijos de la Tierra...



blanco descubra un día: nuestro Dios es el mismo Dios. Ustedes pueden pensar ahora que Él les pertenece lo mismo que desean que nuestras tierras les pertenezcan; pero no es así. Él es el Dios de los hombres y Su compasión se comparte por igual entre el piel roja y el hombre blanco. Esta tierra tiene un valor inestimable para Él y si se daña se provocaría la ira del Creador. También los blancos se extinguirán, quizá antes que las demás tribus. Contaminan sus lechos y una noche perecerán ahogados en sus propios residuos.

Pero ustedes caminarán hacia su destrucción rodeados de gloria, inspirados por la fuerza del Dios que los trajo a esta tierra y que por algún designio especial les dio dominio sobre ella y sobre el piel roja. Ese destino es un misterio para nosotros, pues no entendemos por qué se exterminan los búfalos, se doman los caballos salvajes, se saturan los rincones secretos de los bosques con el aliento de tantos hombres y se atiborra el paisaje de las exuberantes colinas con tantos cables parlantes.

¿Dónde está el matorral? Destruído. ¿Dónde está el águila? Desapareció. Termina la vida y empieza la supervivencia.

No a la xenofobia

Por HONORINO J. MARTÍNEZ

VENDRÍA A SER LA XENOFobia el rechazo a lo extraño, lo que viene de fuera; es la aversión de lo que es diferente.

El hombre, como especie animal, tiene su territorio y lo defiende. Pero esta defensa puede tener varios niveles: individual, familiar, gremial o profesional y nacional.

Se podría decir que la vida misma es una continua lucha territorial, pero no sólo entendiendo este territorio como algo físico, sino también como una razón o verdad y una forma de vivir o de comportarse.

En el mismo seno familiar hay enfrentamientos. Nos molesta que invadan nuestra zona; y si otro componente familiar descoloca un enser o realiza una tarea habrá discusión porque con anterioridad uno lo había realizado o colocado de otra manera que nos agrada más.

En el terreno laboral, un colectivo realiza una manifestación, huelga o boicot para defender el puesto de trabajo o territorio económico. Aquí lo físico ya no tiene importancia, se trata de la defensa de la porción o bocado de la presa abatida por el grupo.

La defensa del territorio se hacía en tiempos mediante la construcción de castillos, mantenimiento de zonas militares o el establecimiento de vigías fronterizos. Sin embargo los armamentos de destrucción a larga distancia han hecho que estos sistemas defensivos queden inservibles. Hoy en día se defiende algo más práctico, concreto y puntual. Esta defensa se lleva a cabo en grandes reuniones internacionales y se dilucidan influencias, cuotas de mercado, porcentajes y demás índices estadísticos.

El orgullo personal, profesional y nacional además de aconsejable es necesario, es una autoestima que no se debe olvidar. Pero



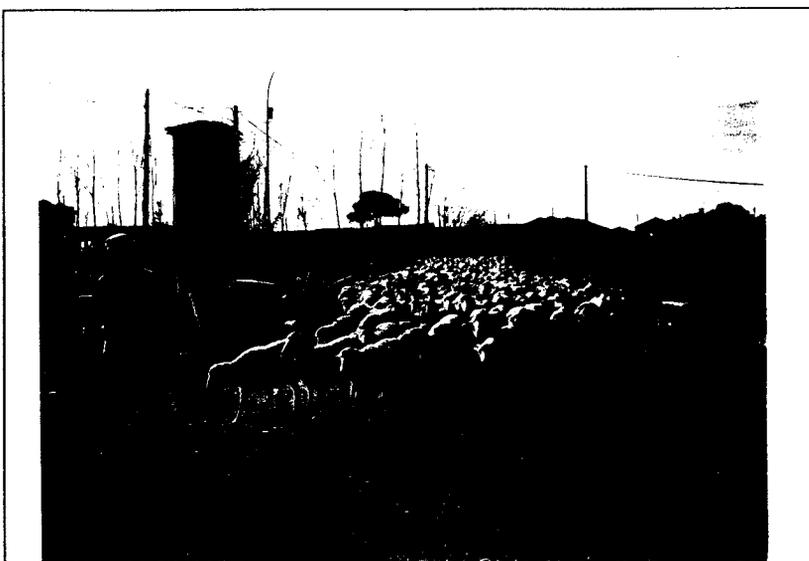
La vida se domina sonriendo o no se domina.

Proverbio chino

siempre que ese orgullo vaya acompañado del desprecio, mofa o avasallamiento del que está al lado.

Los movimientos migratorios, que han sucedido a lo largo de toda la historia de la humanidad, han estado siempre marcados por la hostilidad. Sin embargo, han constituido un enriquecimiento cultural y hasta biológico. La violencia y la xenofobia son producto del miedo y de los complejos. Hay quien dijo con razón que el complejo de superioridad no era más que otra forma del de inferioridad. El que realmente es superior no se considera como tal, sabe que hay cabida en este mundo para todos y por ello trabaja.

Y por último, deberíamos aprender de los animales y conseguir realizar la defensa del territorio mediante gestos y sonidos.



Las churras